

SOBRE LA CRISIS OFICIAL DE LA POLÍTICA EXTERIOR ESTADOUNIDENSE EN LAS PRIMERAS DÉCADAS DEL NUEVO SIGLO

FERNANDO GÓMEZ HERRERO

Oberlin College

Ikenberry, G. John, Knock, Thomas J., Slaughter, Anne-Marie, Smith, Tony. *The crisis of American foreign policy: Wilsonianism in the Twenty-first Century*. Princeton: Princeton UP, 2009.

Wiarda, Howard J. *The Crisis of American Foreign Policy: The Effects of a Divided America*. With the assistance of Esther M. Skelley. Lanham, Maryland: Rowman and Littlefield Publishers, 2006.



La Diferencia es Tomabilidad.

Se han dejado ver durante el verano del 2009 en Nueva York unos carteles publicitarios de la marca de cerveza Budweiser con el rótulo en español “La diferencia es tomabilidad” en grandes letras blancas horizontales en el margen superior izquierdo yuxtapuestas a la imagen gigante de una botella de dicho producto ladeada a manera de cohete entre unos fondos azules como si emergiera

de una cubeta de hielo refrescante y burbujeante. En el margen izquierdo inferior, hay más español: “la responsabilidad importa” encima del *copyright* de la empresa en cuestión con sede en el centro del país, en Saint Louis, Missouri. No he visto carteles en otras lenguas que acompañen la promoción de esta cerveza rubia aguada y barata de consumo interno en los EEUU y que los nativos del lugar la suelen tomar de acompañamiento de otras bebidas más fuertes, el whisky por ejemplo.

Tenemos un torpe diálogo entre las lenguas en un espacio semiótico manejable, casi portátil: el amable monosílabo de “bud” con “light,” claro, y la asociación de la familiaridad (amigo o conocido, “bud, buddie,” en realidad consumidor) y la espontaneidad (lo no pretencioso, lo ligero y liviano, lo fácilmente digerible, todo el campo semántico de “light”), y la primerísima sugerencia es no tomarse esta contigüidad semiótica de consumidores ideales tan a la ligera (“ideales,” en cuanto que versados o atraídos por el español, sino hispanohablantes, si bien estamos los curiosos sin figuras humanas concretas desenmarcadas de ninguna referencia espacio-temporal de ningún tipo).

Claro está que la interpelación en una frase sencilla en una lengua que no es la inglesa conlleva una fuerte cualidad no idiomática que tiene que llamar la atención a la fuerza, a menos que uno ya “esté tomado.” La publicidad hace así que la mercancía vuele sin impedimentos, “deshumanizada” hacia el deseo de sed del consumidor interpelado más o menos con éxito por la frase en cuestión que encabeza esta primera sección de este artículo-reseña. Dicha diferencia cultural y lingüística está traída de la mano del polisílabo latinizado (todos los acabados en “-ity” tienen un pedigrí de registro culto de lengua proveniente del latín en el trasvaso al inglés) que se re-traduce al coloquialismo de “tomar” en la lengua española con un sustantivo abstracto nada usual.

La latinización del inglés comercial intenta atraer al público latino de la ciudad de Nueva York y hay océanos históricos de gran envergadura entre ambos “latines,” la lengua de los romanos, digamos, y las comunidades hispanohablantes residentes en la zona de Nueva York, en su inmensa mayoría caribeñas y mexicanas. Estas latinidades no creo que encontrasen acomodo fácil en otro espacio nacional que no fuera el estadounidense a principios del nuevo siglo (consulten las clasificaciones de música latina y mundial (“latin,” “world”) y ya verán lo que encuentran, y tal vez tenga uno que reirse con la risa foucaultiana-borgiana de todas las clasificaciones, las explícitas e implícitas. Pero así vienen rodadas las cosas como las circunstancias dadas: debemos ir por lo tanto más allá de todo voluntarismo bienintencionado individualista.

¿Se puede imaginar alguien a algún consumidor de este producto modesto usando la palabra “tomabilidad” y apelando a la diferencia de facilidad de gusto y uso en comparación con otras cervezas nativas o foráneas? Se le cuele al mal diablo por los huesos la baba de la burla sólo de pensarlo. Si bien en este contexto comercial de uso lingüístico, el español nunca está solo. La frase no idiomática en lengua española se deja acompañar con hermosa torpeza por la letra pequeña, la que importa, que aparece en la botella en el mismo cartel promocional, “superior

drinkability,” debajo del logotipo reconocible “Bud Light Beer.” Diglosia: no coexistencia de intercambio parejo, o “de tú a tú”, entre las dos lenguas mayoritarias estadounidenses en relación a este producto típicamente estadounidense de consumo de fronteras para adentro, que no puede en verdad competir con otras cervezas de mayor calidad. Ahí radica, en verdad, la diferencia favorable de ligereza y gusto fácil de su consumo: en su excepcional aislamiento de las otras. Hay un poco más de español: la casa comercial le recuerda al consumidor en letra todavía más pequeña en el margen inferior izquierda que hay que consumir alcohol de manera cuidadosa,” la responsabilidad importa,” y esta advertencia debe ser obligatoria para la venta de productos alcohólicos. ¿Y a quién le importa qué? No se dice. La casa comercial se cura en salud: a ti te debería importar, estimado consumidor, si te embriagas. ¿Y si te preocupa el mal uso del español supeditado a un grosero inglés comercial de un producto insípido? Podemos llevar la importancia del asunto a otro lugar, tal vez insospechado. La segunda sugerencia es que este tipo de torpeza para con la lengua española en contextos comerciales no es meramente lingüística o a nivel idiomático sino que se puede extender perfectamente a ámbitos más amplios y peligrosos como son los que aquí nos conciernen de una manera prioritaria: los cegamientos de los horizontes hermenéuticos implícitos en las secciones llamadas de “relaciones exteriores” de los Estados Unidos de América a principios del siglo XXI, siempre en relación con otras agrupaciones nacionales o internacionales de idéntica o superior envergadura.

Nos concierne así la “tomabilidad” de cierta ligereza discursiva propagandística de la política exterior estadounidense a principios del siglo XXI de la que no pueden desvincularse, ¿qué más quisiéramos?, las prácticas de (des)conocimiento que tienen que ver con visiones posteriores a la guerra fría de mundos extranjeros (im-)presentables por las ciencias sociales y por las malhadadas “artes liberales” (no escondo ni mucho menos una predilección inicial por un mundo foráneo y anti-nativista que cuestione cualquier nativismo de nación poderosa, sea cual sea). Estas páginas tienen que ver, por lo tanto, con la “tomabilidad” habitual de las “humanidades” extranjeras, que no extranjerizantes, dentro de convencionales institucionalizaciones de saberes en la circunstancia inmediata estadounidense. *Mutatis mutandis*: la visible y risible torpeza de esta anomalía en lengua española del anuncio publicitario en unos contextos fuertemente desiguales y diglósicos (“tomabilidad,” existe “estar tomado” y “tomar” como sinónimo de beber o incluso de embriagarse), sin tener que ser “latino” y sin tener un interés especial por el deporte del béisbol la vamos a llevar a la crisis oficial de la política exterior estadounidense en las primeras décadas del nuevo siglo que vamos a tildar de reconocimiento insuficiente de dimensiones hispanohablantes. O mejor dicho: de mal fruto tardío y de nada nuevo bajo el sol.

Este neologismo grosero y desacompañado, “tomabilidad”, que intentará, digo yo, ganarse la sed de los aficionados al béisbol vinculados al equipo neoyorquino de los Mets, es en estas páginas síntoma de otras muchas cosas, entre ellas de la “latinización” (o “latino-americanización”) del deporte del béisbol que ahora no

nos incumbe. El uso del español viene de la mano de este crecimiento demográfico que “hispaniza” de fronteras para adentro, ¿quién lo duda?, productos culturales típicamente estadounidenses como son este deporte nacional y la cerveza en cuestión. Digámoslo así: la sistemática asimilación y subordinación de la extranjería, sea la que sea, al modelo nacionalista de consumo de mercancías y de construcción de conocimientos es lo que nos incumbe en estas páginas, sobre todo las que tienen una referencialidad e incidencia de impacto global desde la plataforma de la última superpotencia que hasta la fecha queda en pie, con o sin el reconocimiento de las crisis de pies de barro explicitados por algunos señores y señoras que veremos a continuación. No suele haber práctica de política exterior sin el toque de queda de una buena crisis que la ponga en el candelero de la atención pública de los quince minutos de fama warholiana. Nuestra doble intención: ahondar en el reconocimiento de dicha crisis, a la que no consideramos nada excepcional, sino todo lo contrario, y ensuciar la cara de la publicidad de una cierta “tomabilidad” internacional/ista de carácter oficial/ista de relanzamiento wilsoniano aupado en sectores “liberales” que en el primer trecho de la administración de Barack Obama quieren desmarcarse de una presunta tergiversación del legado wilsoniano por parte de la precedente administración republicana de George Bush.

¿Y cómo y por qué a estas alturas de calendario histórico y en unos momentos de un descrédito tremendo vamos a hacer la fila, casi cien años después, para encumbrar a la figura de Woodrow Wilson (1856-1924) antiguo presidente de Princeton University y Presidente de los EEUU por dos veces (1912, 1916)? En plata: freudianamente estamos más cerca de Tony Smith que de Anne-Marie Slaughter, aun cuando ésta anuncie que estamos en un momento wilsoniano¹. Buscamos circunscribir cierta profesión de fé wilsoniana de la que descreemos, claro, dentro de un autismo etnocéntrico oficialista convencional típicamente estadounidense que cierra las puertas institucionales de mundos de política internacional a los ruidos y malos vientos que campan a sus anchas por el mundo más ancho y ajeno. Y lo hacemos, claro, teniendo por supuesto en cuenta las disciplinas “menores” que desean seguir tirando de la fragilidad conceptual y discursiva del hilo propio enredándose cuanto más mejor con epistemologías foráneas “que [el amor intelectual] siempre se apetece lo dañoso” (tenemos en cuenta la versión de “Fingir que duermo” de Bernardo de Balbuena de la hermosa cantante mexicana Jaramar).

Hay aquí una desconfianza que no muere nunca con respecto al manejo de la crisis (el “management” de los *mánagers*) que como el mercurio no se deja atrapar fácilmente con las manos rápidas en un solo espacio social, sino que los contamina a todos (los financieros, militares, educativos, mediáticos, publicitarios, virtuales, etc.), y ya estamos viendo los recortes de presupuestos y cómo las “liquidaciones” de mundo en rebajas afectan a aquellas unidades de conocimiento de la “diferencia cultural,” digamos el cajón de sastre de las “culturas extranjeras,” que es donde se suele ubicar eso de la “lengua española” dentro de las aulas y fuera en los carteles publicitarios del mundo comercial al uso. ¿Allí donde fueres haz lo que vieres? No.

Ahí nos la jugamos intelectualmente. Dicho de otra manera inicial escueta: si la diferencia oficial es la “tomabilidad,” la crisis y el porvenir de la ciencia histórica no puede “tragarse” esta ligereza al uso común sin más mirando para el otro lado o haciendo como que no se ven o no se oyen ciertas puestas en circulación de campos de conocimiento influyente. Vayamos entonces incrédulos y por partes, pausada y amorosamente, con algunas de estas miserias de “tomabilidad” de historicismo pobrísimo propias de un perspectivismo oficialista de gestión (post-)imperialista. Primero, la brocha gorda de Howard J. Wiarda, epígono post-huntingtoniano y curtido apologeta del latinoamericanismo desarrollista de inspiración rostowiana, y seguidamente el wilsonianismo oficialista obamista vinculado a la figura de Anne-Marie Slaughter escoltada por G. John Ikenberry y Thomas J. Knock en los aledaños princetonianos. La nuestra será una simpatía crítica por Tony Smith en franco desacuerdo con Slaughter.

Howard J. Wiarda, o la crisis del desarrollismo de diferencia cultural desde un oficialismo estadounidense de grosero occidentalismo.

Certainly it is difficult to be against development and modernization... Perhaps no one was willing to say that the developmentalist emperor had on no clothes (Wiarda, pp. 152, 157).

Que nadie se llame a engaño y eche las campanas al vuelo, que estos reconocimientos tardíos de una crisis de la política exterior estadounidense no propiciarán una alegría intelectual, sobre todo cuando éstos se yuxtaponen a una “división” de los Estados “desunidos” de América aposentada en el supuesto de la bonanza o utopía de la unidad nacional que subsane dicha “crisis,” mejor pronto que tarde. Lo que se quiere es que dicha “reunión” utópica nacional-imperial se atreva a proponer de una vez por todas lo que no hay: una política exterior coherente, racional, inteligente, y longeva (13-4). En el volumen sobre Wilson, tres autores (Ikenberry, Knock y Slaughter) apuestan por la “solución” de un relanzamiento o purificación wilsoniana para restañar la crisis de credibilidad heredada del segundo Bush y es sólo Tony Smith quien afirma la continuidad de crisis de falta de modelo alternativo de la política exterior estadounidense que no sea el de superpotencia a la que se tienen que subordinar el resto de unidades culturales del mundo, con o sin el factor wilsoniano declarado en bancarrota. Wiarda no desordena en esencia el mapa de la guerra fría: el segundo mundo de ideología socialista desaparece y sin embargo quedan en pie el uno (Europa y Estados Unidos, o el mundo occidental) y el tercer mundo de menor desarrollo capitalista, si bien la marcha global de desarrollo y modernidad es hoy mucho más incierta que hace cincuenta años. Vivimos así todos en una situación de desinteligencia o desorden de potencial proliferación de mundos. Y ha habido propuestas para paliarla, como por ejemplo el “fin de la historia” (Fukujama) de no-alternativa a un desarrollismo capitalista, aun cuando ésta haya dejado atrás lo idílico, predecible o lineal, y se vislumbren carencias y faltas de razones de ser, convulsiones y violencias entre medias de

“terrorismo” y “terrorismo de estado.” O como segundo ejemplo la emergencia de contiendas dentro de grandes líneas de demarcación cultural a la manera toynbeeana (Huntington)². ¡A ver qué alternativas salen pronto! Mientras tanto, Howard J. Wiarda remacha la línea ideológica “conservadora” de los dos autores anteriores sin divergencias sustanciales. Hay menos convicción, y por lo tanto menos riesgo, que en las apuestas por los singularismos totalizantes de Fukujama y Huntington y por lo tanto nos las habemos con una estrategia cínica de cierto pluralismo, llamémoslo cultural, que se enuncia sin embargo con la boca bien pequeña. Digámoslo así: un monoteísmo de desarrollismo y modernización abre en principio las puertas, y los ritmos, a posibles juegos combinatorios de la “idolatría” (cultural), sobre todo para el mundo no-occidental, si bien dentro de idéntico marco de referencia único, el desarrollo moderno (ninguno de los autores en cuestión se mete en camisa de once varas postmodernas). Sólo hay este horizonte: una mala gestión a alto nivel oficial de este desarrollo moderno, eufemismo para capitalismo.

Y es a este nivel que se levanta la acusación de la crisis, al nivel administrativo de la mala gestión y hay una escasísima curiosidad por ahondar en la comprensión del sistema-vida hoy global. Es así entonces que acusa Wiarda *in toto* a los Estados Unidos de incompetentes, desunidos y caóticos durante el segundo cuatrienio de Bush, mientras el wilsonianismo slaughteriano ahora encumbrado en el momento obamiano inicial tiene que desmarcarse de esta mala herencia de unilateralismo bushiano con unas formulaciones idílicas de presuntas buenas intenciones de multilateralismo de las democracias del mundo. Y ya veremos si hay una diferencia significativa entre ambas administraciones en su política exterior. Lo que está de verdad en juego es la posibilidad de intervención por parte de los países más poderosos en otros, lo que se da en llamar, ¡ojo con el eufemismo!, el “internacionalismo liberal.” En estos espacios de relaciones extranjeras de gran impacto, no hay porqué asumir presunciones de buenas intenciones agarrado de las manos de la inocencia o la ignorancia.

Lo que nos ha tocado en suerte, según Wiarda, es una acusada negatividad oficial de incoherencia y desinteligencia e ignorancia deliberada de amplias zonas de un mundo global cada vez más convulso y complejo. Hay una acusación de “parálisis” (13ff, 23ff), que no es sino torpeza intelectual de la que no se sustrae *The Crisis of American Foreign Policy: The Effects of a Divided America* (2006). Y hay problemas (“bad trouble”, 1), exacerbados por las múltiples facciones dentro de lo que son los EEUU, una unidad mastodóntica con infinitas tensiones, pulsiones, ignorancias, querencias, olvidos, etc.

Las instituciones estadounidenses presentan un cuadro lamentable, según el parecer de Wiarda, por su falta de formación, descoyuntamiento y descoordinación, contracción discursiva que no sabe presentar al pueblo estadounidense una política exterior que cohesionara lo que se dice y lo que se hace (los escritos de juventud de Huntington ya hilan el hilo fino de un cinismo estratégico que descohesione todas las presentaciones habidas y por haber cuando convenga). Wiarda ve un “lamentable desorden” (“sad disarray,” 13, 179, 211)

y no hay para el minotauro salida vislumbrable de la soledad de este laberinto, puesto que los sectores burocráticos de política exterior sufren de “escleriosis” (211), de carencia de lenguaje elocuente, y están faltos de perspicacia y faltos de conocimiento de idiomas que no sean el inglés. Carecen de análisis cuidadosos de realidades de mundo porque éstas se despachan en treinta segundos para las cámaras de televisión (209). ¿Cuál es el valor utópico que nos pesca por la cola la prosa gruesa de Wiarda? La estabilidad que no hay y que debiera haber. Y la realidad antagonica, la inestabilidad reinante, es lo que incordia a nuestro autor. ¿De quién sino de las instituciones sobre todo en esta crítica no mordaz por ecuménica? Primer toque de aviso: Wiarda se presenta como “centrista” sentado siempre a la mesa de los oficiales “realistas” (los que se sirven de criterios puramente estratégicos sin atender a moralidades del tipo de promoción de valores democráticos y de derechos humanos), y los idealistas (Wilsonianos) que dudan menos al servir de manera creciente de una retórica multilateral bienpensante y bien sonante³. Hay por lo tanto en Wiarda un acertado *mea culpa* de etnocentrismo mono-perspectivista de relaciones exteriores construidas sobre supuestos racistas que se desdice de un intercambio genuino y mutante con el mundo ancho y ajeno. Este mundo podrá ser muchas cosas, además de ancho y ajeno, pero lo que no puede ser, al menos para este tipo de análisis convencional de relaciones internacionales, son modalidades existenciales de las que pueda surgir apertura y reforma totalizantes de formas de vida y de conocimiento para propios y extraños.

Las cuestiones son peliagudas: ¿qué significa democracia a principios del XXI?, ¿qué significa eso de derechos humanos en unos momentos bélicos globalizados como los actuales?, y ¿cuáles pueden ser los (des-)ordenamientos de las distintas regiones del mundo después de la guerra fría alrededor de un Occidente de paño basto como es el que nos presenta Wiarda? Un segundo toque de aviso: Wiarda no se encara con estas cuestiones mayúsculas, sino que las mal amarra por las narices y las humilla al nivel de análisis de “foreign policy” (política exterior en español, si bien “policy” circunscribe la extranjería siempre al nivel más restringido de ordenanzas o estatutos, las normativas o directrices puestas sobre el papel). Nuestro autor peca —y lo hace sin tapujos— de cierto anti-intelectualismo que gustosamente da prioridad de mayor realidad, o realidad más significativa, al nivel institucional u oficial de intervención estatal de acuerdo a dichas directrices, normativas o estatutos. Y un tercer aviso, que es una barbaridad normalizada al menos donde uno se encuentra de momento: el uso incluyente del pronombre de primera persona en plural, el “nosotros,” identificado con la macrounidad de los “Estados Unidos,” interpelación que supuestamente también ata y anuda el autor parlante en cuestión y sus lectores o espectadores en el mismo nudo del pañuelo, así con escasas finezas de amor intelectual como si nuestra identidad se tuviera que calentar supuestamente a la misma lumbre que la última decisión gubernamental gestora de la crisis de una otredad o extranjería, un “ellos” (¿qué podría aunar a la humanidad encabezada por los EEUU sino invasores de otras galaxias como en la mediocre película *Independence Day?*). La fórmula política

del “nosotros contra ellos” se enquistaba con toda normalidad en un maniqueísmo aglutinante de nativismo y extranjería donde el primero se queda descarnado en los puros huesos institucionales y donde el segundo se empobrece al nivel más restringido de ordenanzas o estatutos, las normativas o directrices puestas sobre el papel (“policy”) en unas regiones del mundo donde campa la intemperie. Somos el estado imperial y la barbarie es de ellos. Este es el parto de montes no exegético sino propagandístico que caracteriza a nuestro bienintencionado autor aun con la escandalosa invocación de “crisis.”

Démosle cierto porfía intelectual a este apetito dañoso. Cuenta *The Crisis of American Foreign Policy: The Effects of a Divided America* (2006) de tres secciones: La casa institucional vista por dentro, las cuestiones candentes de un alcance global, y los casos particulares que involucran a otras regiones del “tercer” mundo, que es gigantomaquia puesto que incluye a Asia, el Africa subsahariano, América Latina, y el Islam en el Oriente Próximo. Es decir, el grueso del pelotón mundial, digámoslo con lenguaje ciclista —lo que no es ni Europa ni los EEUU— es lo que pone en tela de juicio la proyección de futuro inmediato de la política exterior estadounidense en su actual desdibujamiento de líneas generales. Esta es la acusación fundamental del libro: esta es la crisis que hay que solucionar desde posiciones centristas y mejor antes que tarde para que no se vaya la cosa de las manos. Son aquellos trozos ciertamente descomunales de realidad humana que nuestro bienintencionado autor se despacha en escasas diez o quince páginas en la tercera parte del libro. Dicha trinidad de partes implica orden de preferencia: lo primero es un acercamieto somero a la burocracia política, lo segundo son los grandes temas, digámoslo así, y lo tercero es cómo se involucra el resto del mundo, la porción no-occidental del mundo, el grueso postcolonial del mundo, en estos ordenamientos cuando el “nosotros” retórico se encuentra presa de una creciente indefinición, carente de principios o fundamentos y sin mapas cognoscitivos que le puedan ayudar a ordenar los avatares del mundo siempre ancho y ajeno. ¿O es que acaso podría ser otra cosa? Aquí no hay novedades. Esto ya se viene diciendo desde los años 60 y 70 desde sectores liberales como Arthur Schlesinger y sectores conservadores como Samuel Huntington⁴. Ahora bien, ¿qué sigue al reconocimiento de la crisis? Ahí es donde está el *quid* de la cuestión y la “solución” es el ecumenicismo de la culpa, en esta calle oscura todos los gatos son pardos, y Wiarda comparte la escasa esperanza de que la cosa cambie sustancialmente. Hay que tener sumo cuidado cuando el enemigo ideológico se apropia de una imputación convencional de crisis mientras sugiere la “falsa “modestia” de un funcionalismo multicultural que subsane el entendimiento de otras culturas, las foráneas, “en sí mismas” (“on their own terms,” 164), ya sin las arrogancias de imposición de un único modelo occidentalista para el resto del mundo. Esta apreciación liberal y plural de lo que dimos en llamar antes nivel diferencial de “idolatría cultural” suena muy cuidadoso, y muy políticamente correcto, pero Wiarda no lo pone en evidencia para nada en las trescientas y pico páginas de este libro enormemente chato y supuestamente panorámico. Hay un repliegue estratégico comparable

al mundo privatizado del individualismo de práctica de creencia en los EEUU liberales: que cada uno que se entienda a sí mismo, que cada uno practique su hobby sin molestar a nadie, que el Occidente ya se entienda a sí mismo y ya no va de misionero por el mundo, que la deidad pertinente, sea la que sea, nos entenderá y nos amará a todos, querámoslo o no.

Al menos algo saludable de la actual coyuntura de creciente incertidumbre es el amortiguamiento de todo lenguaje triunfalista. Y uno quisiera asistir el amortajamiento sin plañideras. Las instituciones estadounidenses presentan un cuadro lamentable, según el parecer de Wiarda, por su falta de formación, descoyuntamiento y descoordinación, inhabilidad por presentar una política exterior de discurso y acción coherentes. Esto es un “lamentable desorden” (“sad disarray,” 13, 179, 211). Wiarda valora “estabilidad.” Es entonces el grado mayúsculo de inestabilidad de la política exterior, algo no investigado del todo, y algo difícilmente examinable por sus supuestos racistas, lo que constituye el corazón de dicha bienvenida crítica que no muerde tanto como debería. Hay en el fondo comodidad de pertenencia a primer mundo estadounidense, aun con cierto nerviosismo para con el desorden creciente pero poco más. Digamos que la somera sociología política de Wiarda no ha digerido las propuestas mucho más incómodas y “radicales,” es decir que van a la raíz de las cosas, de alguien como Immanuel Wallerstein sobre divisiones de mundo y las mutaciones de la crisis del saber (universitario) que nos constituyen. Aquí hay un poco de Weber sobre grupos sociales con diversos intereses en pugna, pero poca “chicha” evaluativa de fenómenos conocidos con nombres y apellidos y nulo acercamiento periodístico de investigación que destape algún escándalo. Hay escasos riesgos en *The Crisis of American Foreign Policy: The Effects of a Divided America*: Wiarda se presenta como “centrista” sentado más cerca a la mesa de los “realistas” (los que se sirven de criterios puramente estratégicos sin atender a moralidades del tipo de promoción de valores democráticos y de derechos humanos), que de los “idealistas” (Wilsonianos) que se sirven de manera creciente de dicha retórica bien sonante. Esto le recuerda a uno las maniobras del tío Ernesto (nombre de ficción) que siempre se sentaba entre medias de otros miembros familiares para así tener mejor acceso a los platos que iban y venían en la comida de año nuevo de tía Carlotta (también nombre de ficción). Ni chicha ni pescado sino todo lo contrario. Hay un notable adelgazamiento de convicciones políticas en un paisaje supuestamente global propiciado por *The Crisis of American Foreign Policy: The Effects of a Divided America*: ninguna extranjería que se precie de su nombre se pondrá en pie de guerra discursivo. ¿Qué alicientes puede tener nuestro autor para salirse de una sociabilidad profesional de ámbitos internacionales y llegar a entablar un diálogo de tú a tú con sus equivalentes en otros contextos regionales?

Los brochazos de este mundo extraño y cruel son gruesos y los colores primarios y con escasísimas mezclas. No hay análisis cuidadoso de relaciones sociales burocráticas dentro y fuera de los EEUU, autonombrado paladín del Occidente “liberal:” Europa es una región anodina y no-problemática, segunda

o tercera división deportiva descabalgada de “Occidente” digamos, y que brilla por su ausencia. Las que preocupan son las otras: Asia, el Africa subsahariano, América Latina y el Oriente Próximo donde se asientan las sociedades islámicas, todas despachadas con nula morosidad.

La verdad oficial es entonces que los cuadros oficiales viven un descoyuntamiento epistémico con todos las certezas de antaño (digamos, el debilitamiento de la creencia en cierto gradualismo desarrollista más o menos predecible dentro del sistema capitalista, y este liberalismo “progresista” no es sino secularización de la totalización apoteósica cristiana). Dichos cuadros están por lo tanto en un cierto punto muerto y sin saber bien por dónde tirar. Wiarda propone la medicina de un paulatino conocimiento “no etnocéntrico” y un mayor “entendimiento empático” para otras zonas del mundo conjuntado con un consiguiente “relativismo cultural” que ya no pone a Occidente como model de nada dentro de una afirmación tenue de pluralidad de modalidades de desarrollismo para otras zonas del mundo que no sean ni Europa ni los EEUU (163, 165). Es como si el problema monumental del universalismo de la cultura occidental y el consiguiente (post-) colonialismo lo despachase Wiarda con esta desiderata de atención creciente a las peculiaridades o idiosincrasias del particularismo (que no se haga ilusiones el lector amable que autores como Leopoldo Zea, Enrique Duseel, Edmundo O’Gorman, etc. brillan por su ausencia al discutir el área de especialización de Wiarda, América Latina). ¡Y qué duda cabe que esto es quedarse en ayunas intelectuales! Lo que Wiarda no dice abiertamente es si esta visión paupérrima de Occidente está sufriendo algún tipo significativo de mutación multicultural, si bien se alude al crecimiento de los hispanos (293) y a cierta “naturaleza plural” de la política exterior estadounidense vinculable a una creciente riqueza étnica en la configuración de su configuración oficial (16-17, 48), lo cual se vuelve causa explicativa del carácter “errático” (48) que se zahiere (el supuesto incierto es que la insularidad de cuadros políticos, unidad étnica y mayor certeza política de otros tiempos pasados tal vez fueran mejores, si bien inaccesibles opciones para el nuevo siglo).

No hay lenguaje de explícita abogacía del multiculturalismo ni asunción honesta del imperialismo en *The Crisis of American Foreign Policy: The Effects of a Divided America*, y el lector avisado contará el goteo parco de la palabra “capitalismo” con un cuentagotas, lo cual es sumamente revelador de la falta de fé en la bonanza del sistema dominante. Es como si al creyente tibio le diese vergüenza de su dios y se sustrayese de mentar su nombre con convicción en el foro público (las cautelas de Wiarda marcan distancias con la honestidad republicana de algunos sectores más atrevidos que no esconden repudios ni se arrugan al escuchar el autocalificativo de imperio). Sospechas por lo tanto con estas tibiezas en sectores de impacto internacional: Wiarda esboza un comportamiento típicamente oficial de escasa o nula fundamentación de principios de coherencia de acción y saber sometido a las presiones del momento y a cierta improvisación a corto plazo bamboleada por una genuina incertidumbre “sobre el ser nacional que somos” desde la primera página hasta la final “conclusión,” que no es sino

indecisión acomodaticia que encuentra su nido conservador en lo que ya existe por la sencilla razón de que ya existe. Esto es como la alegría de la vieja zorra que no puede alcanzar las uvas de las que descreo para que la alegría crezca de forma vigorosa. Y para colmo, estas dichas fallas de creencia, que parecen endémicas a la estructura política estadounidense, están aderezadas con un etnocentrismo no exento de una fuerte dosis de racismo. Hermoso panorama de todos los días que no se queda ahí quieto en los *think tanks*, sino que pasea su palmito por las aulas universitarias, la cobertura internacional en una prensa minimalista, la “cultura popular” a pie de calle, etc. Dicho etnocentrismo no se apoya necesariamente en el vigor de un conocimiento cuidadoso, sino más bien en la desidia propia y ajena, y esta inquietud se puede trasladar *mutatis mutandis* a la empresa imperial que parece no necesitar sus buenas razones para seguir marchando, sólo hay que ver las razones de estar en Iraq, o las razones mercantiles para recortar presupuestos en la casa universitaria. Estas agua heladas del cálculo egoísta también las hemos rozado con la yema de los dedos en la cocina y el lecho (por recordar el todavía válido ensayo de Octavio Paz así titulado). La madurez consistirá en aprender a ser más cuidadosos con los enredos del conocimiento y del no-conocimiento. El reconocimiento de la crisis tiene que ahondarse, por de pronto saliéndose de ciertos cauces preestablecidos, cosa que ninguno de ambos libros que nos conciernen hoy encaran con franqueza. Hay que querer pasar del mero reconocimiento a otra cosa más hermosa. De lo contrario estamos en la situación buñuelesca de los personajes encerrados que dicen querer salir de la casa y que no salen porque no se mueven, ni saben ni quieren saber de otra cosa que no sea su encerramiento en celda no enamorada. O del fumador empedernido que razona bien el carácter nocivo del tabaco y sigue fumando con todo gusto y convicción en público y en privado. Que nadie se impacienta que no esperábamos cosa distinta de Wiarda.

El reconocimiento del etnocentrismo racista en el capítulo seis, a manera de gozne de esta pequeña puerta medio abierta a un mundo insospechado, es el más llamativo de todo el libro, aun cuando sepa al final a promesa intelectual liviana, ligera y digerible, “tomable,” e incumplida en los capítulos precedentes y siguientes. Wiarda está amarrado por los mismos pecados y con los mismos pecadores etnocéntricos al mástil de la nave en la idéntica desdichada empresa sin oír ningún canto de sirena extranjerizante que le lleve la imaginación a otras latitudes. No hay entonces por qué inquietarse: este fuerte *mea culpa* no lo dice un espía de ideología subversiva infiltrado en la maquinaria administrativa-burocrática que llamamos la “educación” de los asuntos extranjeros. Esto lo dice un politólogo (mal-) criado en los pechos kissingerianos (viii) y huntingtonianos (164, nota 39 en 168, y las huellas dactilares de éste están por todas partes), con el corazón intelectual parado en los años 60 con Louis Hartz y con W.W. Rostow y de ahí no ha salido. Medio siglo después, este es precisamente el doble debilitamiento de creencia de excepcionalismo estadounidense de idealismo hartziano y el desarrollismo gradualista rostowiano que arrastra nuestro latinoamericanista, muy poco dado a la retórica “blanda” wilsoniana supuestamente consensual (175-9), y estaría bien

que nos contasen cómo se logran estos consensos coaliciones en la actualidad en estado de guerra más o menos encubierta en Iraq y Afganistan y en otros sitios.

No es un mundo raro el que estamos describiendo, sino el de todos los días: *The Crisis of American Foreign Policy: The Effects of a Divided America* (2006) satisfará la sed de la “tomabilidad para seguir las serie,” según otro virtuoso mensaje publicitario de la misma marca, sobre todo la de los latinoamericanistas hispanohablantes que deambulen por los mentideros estadounidenses (América Latina no “es” en esencia Occidente⁵ y España es miembro de segunda categoría de este grosero paño de Occidente wiardiano, y los europeístas hispanohablantes no tienen por qué preocuparse porque Europa es poco más que dócil servicio de acompañamiento al veredicto estadounidense con respecto a los “otros”). Hay diferencias, claro, y unas son más “tomables” que otras: América Latina es síntoma de crisis y Europa ya no lo es, y hay que andarse con mucho cuidado con estas desigualdades en medio de las dichas auto-culpaciones de que las cosas no se han hecho bien (Wiarda recarga la mano con la época Carter, y deja mucho más sueltos a Nixon / Kissinger y al último Bush, y ahí se le ve el plumero, si bien no osa acercamientos verdaderamente indagadores ni antes de Carter ni después del primer cuatrienio de Bush). Por de pronto, el mapa de Wiarda está apuntalado entre el uno y el tres: el primer mundo (occidental), un segundo mundo que no se sabe donde está y un mayúsculo tercer mundo que parece ir por sus propios derroteros no-occidentales ni occidentalistas. Trinidad fallida, digámoslo así también en relación a las tres “partidas” del libro: las instituciones hacedores de normativas de asuntos extranjeros, las cuestiones que les incumben y las particiones tercermundistas involucradas a estas cuestiones.

Las páginas finales quitan las ganas de comer al más pintado (pp. 311-6): Si el sistema no funciona: ¿lo cambiamos? Los “moderados” resisten todas las tentaciones del “sí,” y repiten churchilliana y thatcherianamente que “democracia” es lo mejor que hay, y que no hay alternativa, y que los EEUU son aún el líder del mundo con buenas relaciones con gran parte del mundo, y que las cegueras del etnocentrismo se están despejando como las nubes cargadas de mala tormenta y que están aumentando los deseos de empatía y las ganas de conocer al resto del mundo. Esto es escurrida desiderata “optimista” sin evidencias que más bien nos levanta inquietudes al final de un libro eminentemente torpe. Wiarda menciona que se dan muchos cursos universitarios sobre otras civilizaciones que no sean la occidental y que se estudia Arabe, Chino, Swahili y Aymara (316)! ¿En números apreciables? ¿Dónde? ¿En qué planeta? ¿En relación a qué marco presente o ausente de significación global? Y así y todo, la supervivencia del sistema de asuntos exteriores de los EEUU tal y como está estructurado en los primeros decenios del nuevo siglo está como la moneda lanzada al aire (“it is becoming a close call”). Fíjense qué hermosura de declaración de falta de fé para intentar seducir a propios y extraños en este cambio de guardia académico-burocrática enmarcada por los dos conflictos bélicos, los de Vietnam e Iraq. Estas son las palabras finales: incertidumbre de la buena en el corazón (post-)imperial que no quiere conocer su

propio abismo y que no tampoco quiere acercarse de verdad a la mera posibilidad de mutación propiciada por las extranjerías de los otros que no son este “Occidente” de cartón piedra. Wiarda critica *in toto* a los “nativos” y su posición “centrista” acomodaticia a lo que caiga, no se casa ni con liberales wilsonianos puros ni con conservadores partidarios de la *realpolitik* pura (212). ¡Viva el centrismo o la “impureza” por lo tanto, aderezada con una casuística de falta de grandes principios y de acuerdos puntuales de conveniencia a corto plazo sin apretar seriamente nada conceptual (democracia, derechos humanos, colaboración con tiranos amigables cuando convenga, etc.). Esto se llama en español cinismo y ya lo dijo finamente maquiavelo como muestra de la razón política moderna (y cuidado con la falsa equiparación de “cínico” en lengua española y “cynical” en inglés estadounidense ordinario que suele ser el escepticismo que se imputa públicamente a los otros!). El inglés estadounidense típico de Wiarda se autocalifica de “pragmatismo centrista” que no puede ni se atreve ya a declarar nada de manera explícita y convincente, lo cual lo hace mucho más peligroso y resbaladizo en comparación a la vieja escuela de Schlesinger y Huntington que tenían muchos menos pelos en la lengua. Por lo tanto, vamos a menos en la casa estadounidense de los espejos con reflejos isomórficos que se corresponden a manera de cuadro cubista a una mayor “diversidad” étnica y de origen, “dividida” por lo tanto, y desconexa, con intereses y direcciones múltiples. Descentramientos, descoyuntamientos... Y de ahí no se sale.

¿Y qué ocurre con la América Latina de este latinoamericanista? Se ha escrito mucho (“the literature is vast”), y Wiarda no duda en citarse a sí mismo! (278, nota 4, p. 293). Sólo hay que ver los catorce puntos de verdad desafortunada: ¿hay aquí un eco de los 14 puntos de Wilson? Los EEUU hacen poco caso a América Latina, por detrás de otras zonas del mundo, excepto tal vez el continente africano, los EEUU sólo le prestan atención en tiempos de “crisis transcendental” (Cuba, por ejemplo), pero raramente de una manera coherente; los altos niveles jerárquicos no saben mucho de América Latina, y aquí Wiarda pone a Jeane Kirkpatrick y a George Bush “de Tejas” (278, 281-2) como ejemplos atípicos!, porque el segundo “sabe español” y “¡tiene amigos latinoamericanos!” —y aquí podemos recordar la infamia de Alberto González con los casos de Guantánamo y Abu Ghraib— dentro de una falta de interés generalizado de su administración, y así se escriben las cosas, con un aforismo de frase simple totalizante que recuerda los noticieros que nos cuentan el mundo en un par de minutos, y fíjense bien qué implica saber de las cosas; pero hay más, los EEUU son reacios a estudiar y a leer sobre América Latina y mucho menos a aceptarla según sí misma (¡Wiarda pone a la nación en posición de sujeto de frase simple!); hay prejuicios de todo tipo con el catolicismo romano, con la “falta” de democracia, la inseguridad, las drogas. Los diplomáticos consideran América Latina como el fin de una carrera profesional e intentan evitar la zona (278-9). La pintura no es bonita (“the picture is not a pretty one,” 279) para con esta zona “en vías de desarrollo” (“developing world,” 279) y las cosas no van a cambiar ni a corto ni medio plazo, con o sin el programa bushiano del “Washington Consensus” que Wiarda defiende (280-1). La sociabilidad implícita

en este producto intelectual es la gremial de “think tank” cercano a Washington. El mundo bibliográfico es miserable: no hay ninguna sola referencia bibliográfica “externa,” y mucho menos en otra lengua o tradición o disciplina, y ¿para qué salirse de reducida sociabilidad de gremio profesional? No sé quién podrá habitar este espectro de América Latina que surge de estas páginas, que es sin lugar a dudas el colmo del mundo “latino” más o menos vinculado al hispanohablante que se cuele por los planes de estudios descoyuntados de todo requisito (América Latina es la más occidental de las zonas tercermundistas si bien reflejando un Occidente ibérico del sur de Europa de fuerte impronta “tradicional” y “premoderna,” y la modernidad wiardiana no es la maravalliana que se retrotrae a las peleas intelectuales entre antiguos y modernos del siglo XVI, 281). La modernidad wiardiana está sometida a una tremenda compresión de espacio-tiempo que la aúpa a mediados del siglo XX con la supremacía estadounidense y que ahora vive de las rentas sin pasado inspirador ni futuro que no puede ser otro que dicha supremacía estadounidense, si bien con las fuertes incertidumbres anteriormente citadas.

Dicho capítulo trece despacha a América Latina con idéntico rótulo de “negligencia bienintencionada” también para la época posterior a la guerra fría, la nuestra. (Dicha expresión de “negligencia bienintencionada” se origina en el desgraciado Daniel Patrick Moynihan). Y uno aquí no puede menos que acordarse de la frase de O’Gorman sobre la “sutileza humana” para con los desengaños de Feijoo de sacar en vano al público varias conversaciones privadas, siquiera para desahogo de su dolor, aun cuando no aprovecharan para la enmienda del abuso. Y la fineza de amor historiográfico del insigne historiador mexicano que viene a cuento: “Cuando le hagan caso, la cosa será mucho peor.”⁶ Pues algo de lo mismo puede pasar con aquellos que se arrimen al calor institucional de cierto latinoamericanismo como el wiardano. Cuando Wiarda pregunta en el capítulo seis si “nosotros” podemos entender al “Tercer Mundo,” la respuesta implícita es que no, que no se puede ni se quiere, y que nadie se aguante la respiración hasta que la cosa mejore, que no hay que albergar muchas esperanzas de cambio de actitudes y miras, con o sin la nueva administración de Obama, con el mundo en vías de desarrollo (279), el “latino” y otros, y va a costar sangre, sudor y lágrimas salirse de esta negativa histórica que parece constituir de manera oficial la “identidad” estadounidense, nominalmente de primer mundo, liberal y hartziana de excepcionalismo supremacista que no se acaba de encontrar la cartera y se palpa los bolsillos de la chaqueta y el pantalón y encuentra unos pocos billetes y monedas y que se siente ahora sumamente frágil, intelectual y emocionalmente, lo cual aunado con el poderío militar es muy peligroso⁷. Esto le recuerda a uno las pocas esperanzas que albergaron los comensales en relación a las celebraciones navideñas en la casa de la tía Carlotta (nombre de ficción), excepto nuestro tío Ernesto (nombre también de ficción) antes aludido, cuando prometía mejorar la comida de año nuevo y nunca lo hizo, y entonces algunos empezaron a ir al compromiso familiar ya comidos y bebidos. Tanto de lo mismo ocurre con la América Latina de cierto latinoamericanismo de cierta ciencia social institucional vinculable a cuadros de política exterior, y

qué duda cabe que cierta “negligencia bienintencionada” se hermana en toda la hermosura convencional con las “humanísticas” letradas y plásticas representativas de dichas “latinidades.”

Sobre la Difusión de la Fe Wilsoniana en unos Momentos Sumamente Delicados

“For better or for worse we are all Wilsonians now,”
Ikenberry, 5.

“Iraq is my generation’s Vietnam — a horrific lesson in the costs of trying to use force to create a particular kind of government, whether this was our original goal or not,”
Anne-Marie Slaughter, p. 116).

Y aterrizamos seguidamente en ciertos intentos por reivindicar el horizonte único de la figura de Woodrow Wilson para las siguientes décadas. Tony Smith lo dice bien claro: esta es la ramita con la hojita que cubre las partes pudendas del “internacionalismo liberal.” ¿Qué quiere decir esto último entrecomillado? Viene a ser la argumentación de la superpotencia para intervenir en los espacios soberanos de otras naciones en unos momentos de repliegue de la proyección democrática. El lenguaje tiene gracia: se habla de imperialismo progresista (“progressive imperialism”) siempre al lado de la intervención militar (“armed intervention”), aun cuando la retórica del grupo de Princeton encabezado por Slaughter sea más pudorosa que la del momento bushiano. La edad del imperio fue otra, los coletazos de la cual fue cuando Wilson estuvo en el poder, en las primeras décadas del siglo XX (92). Esto es lo que se intenta reivindicar, un siglo después por parte del citado grupo de Princeton: la defensa de acción militar multi-lateral por parte de las democracias capitalistas (“market democracies”), y lo importante es entonces separar dicha hipótesis de las apropiaciones indebidas del equipo de Bush, quien se sirvió de cuando en cuando de cierta retórica wilsoniana. Lo que Tony Smith une, el grupo de Princeton encabezado por Anne-Marie Slaughter separa, y uno se cree más la argumentación del primero que la de la segunda profesora decana de la Woodrow Wilson School of Public and International Affairs de Princeton en la actualidad vinculada al equipo de Obama en el departamento de estado como “directora” de planificación política (“Director of Policy Planning”). Dicho multilateralismo es un eufemismo (61), según Tony Smith: la ramita con la hojita antes citada. No es ni más ni menos que una estrategia (83, 85) que insinúa la virtud de la autocontención por parte de la nación más poderosa arropada con la invocación del “concierto” de naciones democráticas, que no es sino pretexto (“cloak”), o “código” más o menos encubierto para el curso de acción más conveniente dentro de una coyuntura determinada (esto es lo que Wiarda llamaría pragmatismo con todo el cinismo del mundo). Slaughter dice que “liderazgo” no es lo mismo que “supremacía” o “hegemonía,” (111), pero esto no es más que la gentileza retórica de la nación más poderosa en unos momentos delicados de cambio de guardia presidencial y de paulatina pérdida de dicha posición de privilegio, rechazada por

ejemplo por Josef Joffe.

Tony Smith no se queda prendido de esos pelos: dichas coaliciones no son sino formas más o menos encubiertas de liderazgo o hegemonía de los EEUU. La abogacía del multilateralismo quiere decir multiplicación de fuerza de la superpotencia (“force multiplier,” 63) que busca reforzar el perímetro del mundo concertado de las democracias capitalistas (“market democracies,” 63). ¿Y qué es la parte tercera y última del libro de Wiarda antes aludido sino este perímetro externo en donde cabe mal el Tercer Mundo? La estrategia de contención ya no vale, cuando los confines hacen agua por todos lados, y hay que buscar una flexibilización retórica de salvaguardia del privilegio de esas democracias capitalistas con estrategias más puntuales (el lenguaje de Occidente está totalmente ausente pero subyacente en este segundo libro). Dicho en plata: la fuerza conjuntada de muchos seguirá el dictado de la única superpotencia existente hasta el momento dentro de una emergencia paulatina de otros candidatos (las llamadas naciones BRIC, Brasil, Rusia, India y China, 111). Este cambio hacia una mayor coordinación con potencias emergentes es lo que se atisba en un horizonte próximo dentro de una unidad de naciones que se presten a colaborar con los EEUU y no a la inversa. Esto no representa un corte con la modalidad más explícita y agresiva de Bush, sino un afinamiento de la misma estrategia que no puede permitirse unilateralismos displicentes y suicidas que sujeten un mundo más amplio, ajeno y desconcertante.

Como siempre, la diacronía que importa son un puñado de décadas: Tony Smith habla de los años 1940 como de la época gloriosa de los estudios de asuntos exteriores en los EEUU y de los 1970 como de un momento de reinención neo-wilsoniana y neo-liberal que todavía colea, ya no de una manera fresca, en las dos primeras décadas del siglo veintiuno (73ff). ¡Por cuánto tiempo ya veremos! Vivimos, por lo tanto, de rentas intelectuales y alguien como Slaughter no acepta ni el término “neol-liberal,” al que llama “neologismo,” como no lo acepta el inglés estadounidense estándar que abomina de todo tipo de finezas intelectuales (90, 97, 101, 104). Esto de “neoliberalismo” es falsa “semántica” que no toca la “sustancia” (97): ¿cuál? La de la unidad nacional estadounidense entre medias de un entrecomillado de “neoliberales” y “neoconservadores” (117), al decir de Slaughter y dicho bipartidismo adjetivado como “pragmático” (110) no es tan diferente del anteriormente citado de Wiarda o del que se suele pasear por revistas de asuntos exteriores como *Foreign Affairs*. Pues así estamos con una conciencia política de mundo ancho muy pobre y con unos EEUU que siguen el mismo curso de imposición a otras naciones saltándose todo tipo de normas internacionales cuando les conviene e incapaz de unirse de manera no excepcional al resto de dicho mundo desordenado (75, 76): Abu Ghraib, Guantánamo, secuestros de ciudadanos nacionales y extranjeros en tránsito, lo que en inglés se llama “rendition,” la actual ocupación en Iraq y Afganistán lo dicen bien claro (otro “neologismo” en inglés estadounidense contemporáneo, “terrorismo de estado:” cuanto más se hace, más se achica el lenguaje descriptivo y evaluativo del sujeto hacedor de tales hermosuras, y se puede premiar al primero que capture cualquiera de estos dos neologismos,

“terrorismo de estado” y “neoliberalismo” en los medios habituales audiovisuales de comunicación de masas en contexto inmediato estadounidense). Tony Smith no se muerde la lengua y su valentía es encomiable:

[Y es que] la globalización económica daña a todos los estadounidenses excepto a los más ricos mientras corroe el poder de la nación [de los EEUU] en el mundo, [y] que el liberalismo y la democracia no tienen gran atractivo fuera de las tierras donde ya son prácticas consolidadas: que la tan celebrada potencia militar de este país está vacía de todo contenido político convincente (“is politically hollow”), y que los intentos de que los EEUU, según Abraham Lincoln, sean “la esperanza más sólida y convincente sobre la faz de la tierra” es algo cuestionable, sino risible (88).

La desnudez de la pareja imperial, del emperador y la emperatriz sin que importe mucho el cambio de un partido político a otro: la bancarrota de lo que pueda salir de su boca torpe (88) que sigue obstinada en la supremacía sin ningún otro tipo de alternativas que se pongan sobre la mesa de debate público (88). Esto lo dice Tony Smith. Que yo sepa sólo Immanuel Wallerstein en los posibles escenarios futuros se ha atrevido a presentar a los estadounidenses un escenario de declinar hacia una posición de segunda potencia en colaboración con la próxima superpotencia que puede ser China o alguna combinación de las naciones “BRIC” anteriormente mencionadas (Europa siempre será una dimensión importante a tener en cuenta con la cuestión turca todavía en la cuerda floja). Lo demás es “tercer mundo” apuntalado de iliberalismo. Poco o nulo atractivo ve Tony Smith en la figura histórica de Woodrow Wilson. ¿Quién lo nombra fuera de los EEUU? ¿Y quién se acuerda de él en los estados desunidos y desmemoriados?

El ya citado grupo de estudios internacionales de Princeton recuerda a su ex-presidente y lo lanza a un futuro imperfecto inmediato llamado “wilsoniano” (91) con o sin neologismos neoliberales, que aquí se quiere entender sólo como un lenguaje eminentemente institucional (Slaughter rinde tributo a Robert Keohane, nota final 21, p. 136), lo cual es sumamente revelador. Lo institucional es lo ya existente, o lo dado de la mano profesional, la circunstancia naturalizada y obvia digamos, de cuyos confines no hay que salirse nunca. Las instituciones son las creaciones de las “democracias liberales” para contrarrestar el “lado oscuro” de la naturaleza humana, la naturaleza de todos los seres humanos en donde quiera que se encuentren (104). Esto se dice que es una premisa propia de la Ilustración, que no pertenece ni al neoliberalismo ni al neoconservadurismo (104). Esto lo afirma así Slaughter así en abstracto sin entrar en detalles concretos, sin meterse weberianamente en los entresijos de unas u otras, y como si no hubiera instituciones destinadas a objetivos “oscuros.” El confinamiento institucional es aparentemente total, y cierra todas las puertas a la imaginación política, que es parto de montes de un bipartidismo de partido republicano y demócrata con escasas disidencias de sustancia en política exterior (Tony Smith deja bien claro la beligerancia del partido demócrata que no tiene nada que envidiar al republicano, 66ff). El lenguaje resulta tremendamente revelador por sus redundancias: “apoyamos a la democracia liberal, pero rechazamos la posibilidad de democratizar a pueblos. El mejor camino, el único

posible, es la liberalización de procesos democráticos e instituciones” (Slaughter, 91). Aferrándose a la dicotomía de interno y externo, Slaughter aboga por una colaboración con procesos democráticos ya iniciados y de cierta promesa en otros países, dando por supuesto que la democracia es algo obvio, inodoro e incoloro en el contexto de los EEUU y Europa. Aquí rechaza ella con la boca chica la supremacía estadounidense (91), autocitándose: los EEUU “van a ayudar a la preeminencia de las democracias liberales e incentivar el desarrollo de capacidades militares de democracias de idéntico talante de una manera consistente con sus intereses de seguridad” (nota 4, p. 134). El documento programático redactado en los predios princetonianos criticado con dureza por Tony Smith es, según Slaughter de carácter eminentemente “pragmático” y bipartidista y no contiene “principios” (110ff). ¡Como si la apelación a lo “pragmático” fuera en sí válida y autosuficiente! Esto es como decir que el pastel de chocolate no tiene ni harina ni chocolate. E incluye seguidamente tres “principios centrales y convicciones” para el wilsonianismo del siglo veintiuno: la función estatal primordial es la protección de sus ciudadanos; el progreso humano requiere transformaciones internas y de abajo arriba dentro del formato nacional; y las decisiones de uso de la fuerza militar tienen que tener un carácter colectivo (110-1). Esta trinidad no se sabe si está bien montada en el correspondiente caballo prescriptivo, desiderativo o meramente descriptivo. ¿Y cuál es el par de valores que surge como dominante? La libertad ordenada (“ordered liberty”), que no es lo mismo que democracia, o la libertad jurídica (“liberty under law”) sin meterse en muchas complicaciones de historizar dichos términos para el beneficio de la curiosidad del lector atento. Libertad (“liberty”), que es lo que ya tenemos y somos, sobre todo en el primer mundo, al lado de una mentalidad proteccionista oficialista de prioridad de la “seguridad:” esto es un Hobbes más atenuado que los tonos más vocingleros de la época de Bush, pero Hobbes al fin y al cabo, si bien la invocación del intelectual británico está ausente por nombre propio, y estos horizontes históricos, incluso abreviados, quedan ya demasiado lejos. Se apela también con o sin hipocresías protocolarias de buen comportamiento internacionalista al respeto de la soberanía nacional (93), y aquí está el quid de la cuestión: el respeto a la soberanía nacional de toda nación existente por un lado y por el otro el derecho de intervención militar por parte de las naciones más fuertes en unos momentos de globalización e internacionalismo crecientes que desequilibran todos los confines de naciones existentes ¿Cuál es la salida? La “intervención humanitaria,” otro eufemismo, que resulta de la intervención armada ante el desorden o debilitamiento de la libertad jurídica cuando peligra el principio de seguridad de proteccionismo estatal de los ciudadanos considerados como propios. El caso tipificado: genocidio. Esto se articula como algo que no es ni liberal ni conservador (99), y ya nos conocemos el truco de apelación humanística supuestamente trascendente de todo bipartidismo de gradación de comportamiento estatal dentro del sistema capitalista prácticamente consolidado en toda democracia capitalista de primer mundo, sean las siglas concretas de ambos partidos, las que sean. Bien es cierto que el wilsonianismo de Slaughter se presenta

como presunta medida de supuesta auto-contención de las naciones más poderosas que no deben lanzarse alegremente a ninguna aventura en solitario, sea la que sea (109). El uso de la fuerza se considera una necesidad ineludible y una opción siempre y cuando cuente con la colaboración de una multiplicidad de perspectivas y de jueces (114). Slaughter aquí no concreta. Y la misma indefinición de dicha formulación bienpensante la deja en un vacío estratégico. ¿Por qué no alude a alguna instancia como la del tribunal penal internacional? ¿Porque este tipo de apelaciones meten al gato institucional estadounidense en el agua hirviendo! ¿No hay acaso colaboración internacional apuntalada con un secretismo entre estados en la violación de derechos humanos, mientras se apela a un estado de excepción y en la práctica se pasa página a la práctica de la tortura en la “guerra contra el terrorismo”? ¿No es acaso una coalición de naciones la que está ocupando Afganistán? ¿No son acaso las fuerzas estadounidenses multinacionales y multiculturales? ¿No provienen los miembros de las fuerzas privadas de seguridad de varias naciones del mundo? Las cosas se nos van resbalando de las manos cuando empezamos a hacer cierto tipo de preguntas: Slaughter alude de pasada, de una manera que podemos llamar ornamental, a la Ilustración (104), que se invoca como si fuera algo no-problemático, entre citas provenientes del círculo del anterior secretario de las Naciones Unidas, Kofi Annan (98-9); y la afirmación es de la compatibilidad genuina entre los derechos humanos y la “democracia liberal” (95, 101). Si esto se coloca en los contextos actuales de guerra abierta y encubierta, los casos de abusos de prisioneros de guerra en Abu Ghraid y Guantánamo y los secuestros de individuos de otras naciones y colaboraciones con detenciones y prácticas de torturas, no sé qué buena cosa genuina queda de pie⁸. Aquí nos venimos todos al suelo de todos los clichés convencionales que dan por obvio algo que no lo es: por qué privilegiar el legado de la Ilustración para un mundo post-occidental, cómo se casan los derechos humanos y la misma democracia con las convulsiones actuales de un capitalismo postmoderno, qué piensan los extranjeros de la figura de Wilson, etc. La crisis no es propiamente la apropiación bien o malintencionada bushiana del legado “liberal” de Wilson. La crisis de la política exterior estadounidense tiene una dimensión de formato explicativo mayor al no quererse contemplar la falta de alternativa a la supremacía de los EEUU sobre el resto del mundo, con una Europa, otrora batalla campal entre superpotencias coloniales, ahora figura disminuida de menina, desde mediados de los años 1950 hasta la actualidad. Esto lo dice bien Tony Smith. Ikenberry y Knock son mero coro de la voz principal de Slaughter que buscan en esencia más de lo mismo.

El valor máximo de la función estatal predominante es la “responsabilidad de protección” (104, 108), y por cierto los que han entrado y salido recientemente por las aduanas estadounidenses han tenido que notar el cambio de nomenclatura a “protección de las fronteras” (“border protection”). Slaughter diferencia claramente la protección de la democratización (104). Y el énfasis correcto de colaboración se dice que tiene que estar operativo al nivel “micro” de las sociedades concretas (95, 105). Lo que se quiere remarcar es lo siguiente: las fuerzas de intervención

de coalición multilateral, llamémosla “imperial,” van a “ordenar” el desorden y a garantizar la protección de poblaciones al borde de situaciones de genocidio o ya inmersas en él. Y no se trata seguidamente de “democratizar” dichas sociedades precarias, o de reconstruirlas de abajo a arriba sino de colaborar con procesos “democráticos” que ya tienen que estar existentes en ellas mismas. Se citan casos de genocidio para la puesta en escena de dicha intervención humanitaria en situaciones nacionales como Rwanda, Dafur y Serbia, Sierra Leona y Uganda (100, 103). La intervención en Iraq no se podía haber justificado apelando a este tipo de argumentación, según Slaughter (102), quien reconoce su error con respecto a su apoyo a dicha invasión (109). Si bien, ahora no se trata de culpar a nadie sino de seguir tirando (“way forward”) con la responsabilidad de proteger ¿exactamente a quién en el contexto iraquí? (115). No lo explica porque esto sería meterse en una especificidad de conocimiento concreto cuando lo que se buscan son generalizaciones de las que se pueda echar mano cuando convenga: “Iraq es el Vietnam de mi generación, una lección horrible sobre los costes del uso de la fuerza para crear un tipo de gobierno concreto, tanto si éstas eran las intenciones iniciales o no” (116).

¿Y cuáles son esas lecciones aprendidas? Una: que la apelación a las buenas intenciones de los responsables máximos tiene escaso poder persuasivo. Y dos: que el uso de la fuerza sólo se puede llevar a cabo en una situación (flexible) de “intervención humanitaria” en contextos más frágiles o de “tercer mundo,” que siempre está de trasfondo a la circunstancia inmediata de institucionalismo internacionalista entre medias de una Europa obediente a unos EEUU, que es el terreno donde Slaughter se encuentra más cómoda (raramente se verá en estos predios oficialistas una Europa díscola en solidaridad con disidencias tercermundistas, pongamos al caso). Se apela a la colaboración de una creciente comunidad económica europea y a las naciones unidas, y esto se presenta como una “posible mejora” del proyecto wilsoniano de la liga de naciones (115). Las aseveraciones discursivas de la prosa slaughteriana se mantienen a este nivel *pianissimo* de posibilidad que escurra la dificultad valorativa, o se pone detrás de las aseveraciones de otros. No se trata de presentar un cuadro históricamente rico del contexto de Wilson sino de proponer slóganes “pragmáticos” que limpien la maleza para la intervención humanitaria cuando convenga. ¿Y a quién se atreve a decir Slaughter que protegen las fuerzas invasoras mientras cita como respaldo un discurso oficial de Kofi Annan?: ¡a las minorías étnicas en un contexto como el de Rwanda, o a “todas las mujeres” en el contexto de Afghanistan bajo el dominio del Taliban (105)! De hecho el principio de “autodeterminación” lo casa Slaughter con la posibilidad de las “minorías” de conglomerados multi-étnicos (¿los EEUU también?) de ir por libre, en la época histórica wilsoniana que era la propia imperial (92), sin ningún tipo de referencia al legado (post-)colonial. ¿Y ahora entonces sería lo mismo? No se dice bien a las claras. Se trata de no decir nada bien a las claras, si bien la fé en el desarrollismo secuencial preferido por los teorizadores académicos en los años 70 y 80 ya no prende la vela de la fé del “internacionalismo

liberal” y aquí se quedó en punto muerto Wiarda, como vimos anteriormente (112). Ambos no hacen otra cosa que apelar al “orden” de los EEUU que somos “nosotros” (hay incluso cierta similitud gráfica en inglés entre la identidad de país “U.S.” y el “us, o uso pronominal de primera personal en plural de hermanamiento presunto entre autor y lectores que tanto Wiarda como Slaughter practican con toda naturalidad). Aquí, en la cínica defensa de las mujeres sometidas al Talibán, está una modalidad “blanda” de justificación “culturalista” supuestamente ni de derechas ni de izquierdas (que nadie se asuste que el espectro de la izquierda no aparece ni como espantapájaros para espantar a los niños de todos los cuentos). Lo mismo pasa con la retórica humanitaria “blanda.” ¿También se va a “liberar” a las minorías étnicas y a las mujeres de un país como Arabia Saudita, o Turquía, o Francia, o China, o Reino Unido, o Guatemala, o los EEUU?

¿Qué visión de relaciones sociales tenemos aquí? Está el (macro-)estado y el individuo sin nada aparentemente entre medias. Y se nos cuenta que hay infinidad de peligros para los individuos: más en el interior de los estados que entre los estados (105). Esto suena a casuística que tira al aire nociones como nación, estado, individuo, los adentros domésticos, y los afueras internacionales, y las arregla como le conviene al malabarista de turno. Y el peligro reside en la colaboración de dicho malabarista con los sectores más poderosos. Sustituyan “intelectual” en lugar de malabarista y ya tienen una tipología de “crisis” de relaciones internacionales “pragmáticas” en donde caben todos los autores aquí nombrados, con la posible excepción de Tony Smith y las “humanidades”, al menos en su formato convencional, como acompañamiento “cultural.” La cuestión principal es la exculpación de la intervención de los países más poderosos en el tercer mundo (la prosa eufemística de Slaughter no usa esta nomenclatura tan del gusto de Wiarda, pero el acuerdo es tácito). ¿Se imagina acaso alguien la posibilidad de una intervención multilateral para proteger a las “minorías” desamparadas en los países modélicos de la democracia del primer mundo, digamos los hispanos desfavorecidos en sus travesías migratorias, o aquellos afectados directamente por la rotura de los diques en Nueva Orleans? ¿O las poblaciones que arriban para compartir el suelo europeo?

Hay referencias por parte de Slaughter al racismo de Wilson con los afro-estadounidenses como algo propio de una herencia sureña y a un beneficio político de cortas miras (105), y a lo que estamos asistiendo es a la reformulación retórica de un nuevo racismo mucho más cuidadoso desde el punto de vista retórico que acompañe las convulsas estructuras capitalistas de acuerdo con unas nuevas exigencias de cierto multiculturalismo en el nuevo siglo cada vez más globalizado. El supuesto que ordena este mundo ancho y desordenado no es otro que la ocupación del “imperio liberal” de los EEUU del centro que supuestamente nadie quiere ni puede ocupar. Aquí se dan todos la mano dentro del bipartidismo conservador o demócrata (Wiarda, Slaughter, Ikenberry, Knock, Brezinski, Huntington, Schlesinger, Joffe, etc.)⁹. Como hemos señalado, no hay ninguna quiebra diferencial entre el nacionalismo oficialista y el sujeto pronominal englobante de primera persona

plural: nosotros somos los EEUU, y las fuerzas armadas son nuestros soldados a los que hay que apoyar, y nosotros invadimos Iraq, y nosotros aprendemos las lecciones y nosotros marchamos para adelante. Este es el caballo [de Troya] del que no se descabalgan estos respetables señores y señoras anteriormente citados (97, 115). Hay aquí una desconcertante reificación de lenguaje y pensamiento que lo hace indistinto del uso oficialista. No conozco otra nacionalidad que se sirva tan férreamente de este uso representativo de intervención nacionalista en contextos internacionales (¿y por qué tiene uno siempre que defender los comportamientos oficiales de sus compatriotas en el extranjero como si fuéramos todos representantes esenciales de una misma tipología genérica de variedad cultural humana siguiendo un criterio apriorístico de entes predecibles?— curiosamente la diferencia clasista casi nunca sale a colación). Slaughter quiere reivindicar una necesidad de recreación postbélica: la nueva libertad wilsoniana y las cuatro libertades de Franklin Roosevelt al final de la primera guerra mundial y finales de la segunda. ¿Es comparable Iraq y Afganistán a dicho escenario de reconstrucción europea? Parece que sí porque al final del artículo Slaughter cede la palabra a un antiguo asesor del gobierno británico durante los años de Tony Blair y sólo tiene ojos para una Europa modélica de orden, incorporación e integración pacífica y presuntamente ordenada y próspera. Claro lo que no se dice es el privilegio histórico y social heredado del continente dominante en los últimos cinco siglos. Slaughter acaba de manera débil, y en sordina, citando las palabras de Mark Leonard cantando las alabanzas de una Europa más fuerte con la que hay que renovar lazos y aunar esfuerzos (117), más allá de “estériles debates” entre “neoliberales” y “neoconservadores,” entrecomillados por la misma Slaughter en un paisaje intelectual estrictamente masculino, excepto ella, claro. Se invoca de manera ornamental el legado de la paz perpetua de Kant en el momento histórico de la Ilustración y el proyecto frustrado de la liga de naciones de Wilson en el período de entreguerras mundiales, preludio de la fundación de las Naciones Unidas, auspiciado por unos EEUU victoriosos, y lo que se tiene más en mente es la propuesta de Michael Doyle, asesor de Kofi Annan, que se ha consolidado en circuitos de asuntos internacionales como una sacrosanta verdad, que las democracias consolidadas no van a la guerra una contra la otra (98). Bueno, pues ya veremos. Y ¿cuál es el “ellos” subyacente a la fórmula política del “nosotros y ellos” al lado de estos esfuerzos “nuestros”? ¿Contra quién, sino el Tercer Mundo, que sólo ha figurado en estas páginas como tramoya de desorden y genocidio que propicia la acción “nuestra”? Pero ésta es una Europa de tercera o cuarta mano sin ningún tipo de comunidad imaginada, dicho al modo de Benedict Anderson, eminentemente dócil, que no disiente de los dictámenes del institucionalismo burocrático supranacional que es únicamente donde Slaughter se mueve a gusto. Esta Europa no tiene tradición intelectual fuera de estos espacios institucionales de asuntos internacionales. Y lo que no es ni Europa ni los EEUU simplemente no está ni en pintura. Hay aquí algo de cosmopolitismo famélico de presunta abogacía internacionalista única y exclusivamente ubicado en contextos profesionales de asuntos internacionales al lado de los intereses estadounidenses, estatales e

imperiales ciertamente. Dicho internacionalismo nunca logra poner sobre la mesa de cuestionamiento intelectual, ni quiere, ni puede, algunas voces sobresalientes del coro multidisciplinar proveniente de las correspondientes maravillas culturales existentes en las diversas comunidades del mundo que no tienen por qué estar de acuerdo con lo poco que se ha dicho, con o sin la inspiración de la figura de Wilson, en estos dos volúmenes en cuestión. Por ejemplo, ¿qué pensaron los extranjeros contemporáneos de Wilson, además de Freud y de Bullitt? ¿Y qué piensan hoy? ¿No decimos que estamos abogando todos por una visión más multilateral más allá de toda insuficiencia de provincialismo nacionalista? Y ahí dejamos sin respuesta estos interrogantes finales como frutos inciertos ¿hijos de la ira?, de mis amores itinerantes.

Ciudad de México, Nueva York, Oberlin College, julio-agosto 2009

NOTAS

¹ Consultamos el *Woodrow Wilson, twenty-eighth President of the United States; a psychological study* de Sigmund Freud and William C. Bullitt (Boston: Houghton Mifflin, 1967), disponible en los excelentes fondos bibliográficos del Schwarzman Building de la New York Public Library en Manhattan. Estamos en general de acuerdo con Peter Gay sobre cierto carácter repetitivo y especulativo de dicho estudio que parece contar con la pluma de Freud posiblemente sólo en la introducción durísima con Wilson (“a man who is capable of taking the illusions of religion so literally and is so sure of a personal intimacy with the Almighty is unfitted for relations with ordinary children of men, respect for God was not increased” (xi); “Nothing mattered except noble intentions” (xii); “the deplorable position of the benefactor who wishes to restore the eyesight of a patient [Western Europe] but does not know the construction of the eye and has neglected to learn the necessary methods of operation (xii), etc. Algo de esto permanece en la vitrina de la política exterior estadounidense hasta la fecha. Bullitt fustiga la ignorancia supina de Wilson con las civilizaciones francesa, alemana e italiana y por supuesto de estos idiomas (107), y no digamos del resto. Lo pinta como representante fetén de las ideas e ideales de la clase media “discola” de origen británico dado a la lectura de la Biblia a manera de un sacerdote presbiteriano de la Gran Bretaña del (Atlántico) Norte (107, 108). Véanse las páginas de Peter Gay que sin ser cálidas para con Bullitt, no son tampoco en absoluto elogiosas para con Wilson en relación a dicho momento histórico en su biografía *Freud: A Life for our Time* (WW. Norton & Company, New York, London, 2006, 1st published in Norton Paperback in 1998): pp. 378-9, 453, 554-68. Hemos tenido en cuenta el excelente artículo de David Milne, “Wilson Agonistes,” *The Nation* (May 4, 2009): pp. 34-36.

² Zizek piensa ambas propuestas como complementarias dentro de una generalizada hipocresía occidental instrumentalizada por los estatismos más fuertes, pero también por el mundo comercial a nivel de calle, medios de comunicación, educación, etc. La no-alternativa al capitalismo global liderado por el momento por los EEUU sólo puede resolverse conceptualmente como conflictos (bélicos) operativos a un nivel “cultural.” Esta es la normalidad de todos los días a principios del XXI con o sin el reconocimiento intelectual honesto por parte de las estructuras oficiales estadounidenses actuales que se desdican de ambas formulaciones cercanas a la administración republicana anterior más explícita en algunos de sus casos: “En lugar de aceptar la oposición simplista de “nosotros los liberales ilustrados, receptivos y tolerantes” contra “los otros fundamentalistas,” propongo que deberíamos usar otro marco de referencia ya sugerido por Badiou. Badiou razona convincentemente que aunque el carácter fundamental del siglo veinte durante la llamada guerra fría fue el antagonismo político entre capitalismo y socialismo, se dio también una “guerra caliente” entre los excesos del mismo capitalismo y otras formaciones sociales. Dicho de manera sencilla, el capitalismo dejó salir al genio de la botella, el fascismo, para luchar contra el comunismo y luego tuvo que unirse a su verdadero enemigo (el socialismo) para aniquilar dicho exceso. Esto es lo fundamental. Y aquí estoy de acuerdo con Fukujama con ciertas condiciones quien usa el término de islamo-fascismo para hablar del Talibán. Sin embargo, yo le daría

a dicho término un significado estrictamente marxista: islamofascismo es una modalidad de estrategia desesperada y fascista para la salvaguarda del capitalismo. Igual que todo fascismo, el islamofascismo / fundamentalismo es parte cómplice de una estrategia espontánea de defensa capitalista.

Por supuesto que no estoy de acuerdo con Fukujama [en lo fundamental]. [A modo de ejemplo] me encontré en una copia de la *Newsweek Year Review* (uno de esos números tontos de especulación sobre el futuro) un par de artículos de autores como Huntington y Fukujama. A primera vista, parecen ofrecer visiones encontradas e incompatibles. Huntington propone su tesis del “conflicto de civilizaciones,” y Fukujama el suyo del fin de la historia y de todo tipo de conflictos básicos vinculados a remanentes ideológicos. Ninguno de ellos es un pensador riguroso, si bien llegamos a un resultado interesante: la verdad de ambos es leerlos de manera conjunta y complementaria. Es decir, el conflicto civilizatorio es la política del fin de la historia. Cuando no ves luchas de tipo político-ideológico propiamente dichas, lo que te queda no es más que la mistificación del conflicto étnico y religioso civilizatorio. Esta es la verdad fundamental de ambas posiciones.” *Conversations with Zizek* by Slavoj Zizek and Glyn Daly (Cambridge: Polity, [2004] 2008): pp. 158-9 (la traducción es mía).

³ En cierto momento despotrica Wiarda de los vuelos retóricos de ciertos críticos “extremistas” o “radicales” que critican lo que el mismo Wiarda acepta: la promoción por parte de la literatura de desarrollo de la presencia e influencia de los EEUU en los países en vías de desarrollo. Wiarda no cita nombres y es esta misma naturalidad de promoción de los intereses nacionales-imperiales en el tercer mundo extranjero la que se nos antoja como una gran “tomabilidad” al lado de la aparente obviedad del marco de desarrollo o capitalismo (“[o]ne treads cautiously here to avoid engaging in verbal overkill or to make the ludicrous claims that some fringe-radical critics of U.S. policy have. One need not be on the fringes to recognize that the development literature and strategies served as a convenient means to expand immensely the U.S. presence in the developing world,” 153).

⁴ Sugerimos una comparación con las cuidadosas páginas sobre los fallidos proyectos decimonónicos, el conservador y el liberal, en relación apriorística a una fidelidad al pasado colonial y a la contrapartida de deseo de imitación del presunto modelo moderno representado por los Estados Unidos, y como el amor/odio hacia este último se constituye en una estrategia de evasión u huida de la responsabilidad por la historia propia de los iberoamericanos, *México: El Trauma de su Historia* (Unam, 1977) de Edmundo O’Gorman. Hay finas y duras palabras sobre los supuestos esencialistas de los dos entes de Angloamérica e Iberoamérica, ¿tiene América una historia común?, y sobre la dicotomía entre Estados Unidos y México, hiriente para este último, en el seno de la cultura cristiana de un Occidente universalista, así como abierto escepticismo por el “evangelio de la esperanza” de cierto bolivarianismo vasconceliano representado por ejemplo por el arielismo de Rodó. Se puede crear un hermoso paralelo con la crítica orteguiana incluida en la sección 6 sobre cultura mediterránea en *Meditaciones del Quijote* (1914): “nuestra latinidad es un pretexto y una hipocresía: Roma en el fondo nos trae sin cuidado.” La conexión con estos mundos germánicos y latinos no es descabellada puesto que O’Gorman estudia con José Gaos, discípulo de Ortega en el exilio mexicano y Heidegger inspira de cabo a rabo el importante libro *Crisis y Porvenir de la Ciencia Histórica* (1947). La valentía de las polémicas de O’Gorman con Ranke, Bolton, Hanke y Bataillon sigue siendo fuente de inspiración. ¡Fíjense el trecho que hemos andado de la supuesta “tomabilidad” de cultura popular de deseo de interpelación de ciertas latinidades asentadas en suelo estadounidense!

⁵ El apriorismo esencialista dualista de dos entes americanas dispares de Wiarda es que América Latina no es Occidente, y tampoco es, claro está, Estados Unidos, aun cuando ambas entidades se estén fusionando a ojos vista en la actualidad, y el inglés estadounidense contemporáneo marca continentalmente tal división americana escindido en dos continentes, el norte y el sur de América, mientras pierde toda noción de norte, sur, este y oeste sobre cuándo esta división se llevó a cabo, cómo, etc. si Colón descubrió una o dos Américas, si vivimos en “estados unidos de América” al norte de los estados unidos mexicanos, puesto que el nombre continental de “América” se lo han apropiado de manera coloquial los estadounidenses sin acudir a plebiscitos. Cuando más, lo “latino” es “minoría” nacional estadounidense contrapuesta al mundo “blanco.” Cuando menos “lo latino” es tan solo un producto histórico diacrónico bastardo de un cierto Occidente subalterno, el mediterráneo, supeditado de manera consistente o no a un cierto Occidente hegemónico de extracción noroeste germano-británico naturalizado como propio o nativo por autores como Fukujama o Huntington entre otros y sin dudas en un paulatino declinar. Wiarda no intuye atisbos de juegos hermenéuticos (neobarrocos, digamos) de copia latinoamericana de copia mediterránea que se mofe de supuestos modelos originales de Europa

y los EEUU, sean cuales sean. ¡Qué lejos queda la cuestión de Occidente --y el occidentalismo-- del mundo latinoamericano visto desde las atalayas de Wiarda, especialista estadounidense de las relaciones extranjeras y los estudios latinoamericanos! El libro que nos concierne no tiene nada de análisis de la tensión *dentro de la civilización occidental* entre dos modalidades americanas como pueden ser la estadounidense y la latinoamericana, con especial hincapié en la situación mexicana en autores ya citados como son la historiografía de Leopoldo Zea y de Edmundo O’Gorman y la sociología de un Octavio Paz, autores “liberales” por otra parte. ¡Y no tiene nada de propuestas post-occidentalistas y desengaños post-coloniales de provincialización eurocéntrica! Sólo contiene, como se ha señalado, un reconocimiento somero e insuficiente de achata indiferencia por parte de la oficialidad estadounidense de todos los tercermundismos latinos.

⁶ *Crisis y Porvenir de la Ciencia Histórica* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, [1947] Edición Facsimilar Conmemorativa, 2006): p. 40.

⁷ O nuestro autor no se ha enterado o no se ha querido enterar de la crítica del difusionismo geográfico y el supuesto consciente o no de modelos colonizadores, de la historicidad o mutabilidad de todos los nombres habidos y por haber, la toponimia continental incluida, y las implicaciones de la división tripartita del mundo propiciada para con los estudios y las disciplinas, por autores en el vecindario estadounidense y escritas en inglés por autores como son Blaut, Pletsch or Lewis / Wigen. Complíquese por lo tanto el mapa intelectual con “The Three Worlds, or the Division of Social Scientific Labor, circa 1950-1975,” de Carl Pletsch (*Comparative Studies in Society and History*, 23 (1981), pp. 565-590; acompañese de la crítica de los modelos colonial de negación de contemporaneidad (la conocida fórmula de “denial of coevalness” desarrollada por J.M. Blaut en su conocido libro *The Colonizer’s Model of the World: Geographic Diffusionism and Eurocentric History* (New York: Guilford Press, 1993) entre otros; y seamos más receptivos a la historicidad que se cuele por todas partes, la geografía del arreglo de unidades continentales, la diversidad de entendimientos de Occidente entre otras, etc. bien narrado por Martin Lewis y Karen Wigen en su *Myth of Continents: A Critique of Metageography* (Berkeley: University of California Press, 1997).

⁸ Los aficionados a las ficciones de espías recordarán la buena frase de uno de los personajes más célebres de John Le Carré, “los servicios secretos son la única expresión real del carácter nacional.” Quien quiera mirar, que mire bien los artículos publicados de inquietante actualidad en *London Review of Books*: “Make sure you say that you were treated properly: Gareth Peirce on Torture, Secrecy and the British State” (cover date May 14, 2009) y “Was it Like this for the Irish?: Gareth Peirce on the Position of Muslims in Britain.” (April 10, 2008).

⁹ La defensa de la supremacía, o “imperio,” de los EEUU se justifica en función de su condición “liberal” con un énfasis en cierto “economicismo libertario” sin atender a criterios sociales distributivos de tipo igualitario: la protección de un mecanismo de escasa regulación centralizada o estatal del mercado capitalista (“free trade”), el fomento de lazos mercantiles de todo tipo y a todos los niveles, la producción de vastas cantidades de bienes materiales, un poderío militar incomparable, y un nivel educativo a nivel universitario y de investigación sin rival. Es sumamente revelador que el lenguaje lockiano de democracia participativa es inexistente.

Este tipo de argumentos ya los ponían demócratas del tipo de Zbigniew Brezinski, por ejemplo, durante los años de Jimmy Carter en textos como *Out of Control: Global Turmoil on the Eve of the 21st Century* (1993). Joffe no hace sino remachar los mismos tornillos que clavó el político beligerante demócrata todavía con un perfil activo. Históricamente, según Joffe, sólo ha habido dos “imperios liberales:” el Reino Unido y los EEUU. Y el “order liberal” actual de éstos últimos es lo mejor que puede pasarnos a todos en unos momentos donde ningún otro país o conjunto de países quiere ni puede reemplazarlo. Los EEUU son espabilados y torpes: ni altruistas ni egostas, actúan siguiendo su “interés propio perspicaz e influyente (“enlightened self-interest that breeds influence,” 31), si bien son también una especie de “criatura animal incoherente y torpe” (“bumbling bull”). Uno de los máximos responsables (“editors”) del periódico alemán *Die Zeit*, Joffe está listado en dicho artículo como investigador asociado al Hoover Institute de la Stanford University. No es inusual presenciar la visibilidad de estas apologías y panegíricos de ciertos extranjeros “naturalizados” --¿o encandilados?-- al poder estadounidense. Menos usual es presenciar todo lo contrario. Nos recuerdan a Marilyn Monroe cantándole el feliz cumpleaños a Kennedy. Lo harán porque algún beneficio sacarán de ello; “The Default Power: The False Promise of America’s Decline,” de Josef Joffe (*Foreign Affairs*, September / October 2009, Vol. 88, Number 5): pp. 21-35.